



Un canto que llama

La vocación de Pietro Casani

Marcelo Benítez

 **COLECCIÓN
materiales**

Marcelo Benítez

Un canto que llama
La vocación de Pietro Casani

Un canto que llama. La vocación de Pietro Casani

Autor: Marcelo Benítez

Año de publicación: 2024



Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icce.es

Responsable del equipo de traductores: P. José Pascual Burgués
publicaciones@scolopi.net

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Un canto que llama

La vocación de Pietro Casani

Índice

Nacido para cosas grandes	7
Arrodillado ante la Luz	11
Una vocación milagrosa	13
Encuentro decisivo	17
Tertulia en el noviciado	25
Biografía	29

*A los jóvenes que, como Pietro Casani,
son conducidos por Dios por caminos
sorprendentes a ser miembros
de las Escuelas Pías.*

*Y a los que se dedican en nombre de Cristo
a convocar y a formar nuevas vocaciones
con fidelidad a Calasanz.*

Nacido para cosas grandes

El sol se asomaba sobre los muros de la vieja ciudad de Lucca. Era una hermosa mañana de verano y la actividad comenzaba en todas partes. Pietro caminaba sereno y contento cuando fue sorprendido por los gritos de su amigo Antonio, que lo saludaba efusivamente:

–¡Al fin te encuentro! ¿Dónde estabas? ¡Feliz cumpleaños, Pierino querido! Te estamos buscando por toda la ciudad. ¿Dónde te habías metido?

Las emociones iban cambiando el semblante de Antonio de la alegría a la preocupación.

–¿Acaso nos estás evitando? ¿No nos perdonaste lo del año pasado? Sabes que fue una locura de juventud ¡Te prometimos que nunca más haríamos algo así!

¡Nos hemos confesado con fray Paulino y hemos hecho penitencia! Jamás nos perdonaríamos que hubieras quedado cojo por nuestra insensatez.

Antonio apenas tomaba aire y seguía hablando a borbotones, sin soltarlo.

–Pietro, Pierino, somos tus amigos y tú nos haces falta. Eres un regalo del Cielo para nosotros. Contigo se nos hace más fácil ser buenos. Pensé que nos habías perdonado. Hombre, te admiramos. Ninguno de nosotros hubiera sido capaz de resistir la tentación del encierro con tan bella cortesana, dar semejante salto desde el balcón al jardín y salir entero. Este año festejaremos sanamente como a ti te gusta. Habrá carnes y frutas, vinos y cantos. Irán tu primo Giacomo y todos los amigos; también va a estar la hermana de Annibale, que es tan noble y buena como tú. Siempre hubo buena sintonía entre

ustedes. Sería la mujer ideal para ti, Pietro. Las familias son amigas desde hace años. Está todo previsto, iremos de paseo y comeremos en el huerto de los Fabrizzi. ¿Vendrás, no es así?

Pietro le sonrió con cariño y simpatía, lo palmeó en la espalda, casi como se tranquiliza a un niño y le dijo:

–Antonio, aquí estoy, no me voy a ningún lado, no me estoy escapando de ti ni de nadie, ni guardo ningún resentimiento por lo del año pasado. Si hasta tú te has hecho ahora buen amigo de fray Paulino y te confiesas con él todas las semanas. Al final tan malo no resultó. Ya no has hecho más tonterías, piensas antes de actuar y estás notablemente más alegre. Claro que iré a festejar con ustedes, soy dichoso de tenerlos, estoy feliz por muchas cosas. Contento y agradecido. Ustedes también son un regalo de Dios para mí, soy bendecido por tener tantos amigos. Además, bien lo sabes, con ustedes alborotando desde siempre a mi alrededor, nunca he sufrido por ser hijo único. Vayamos al encuentro de los demás.

Antonio recobró la sonrisa ante la respuesta y nuevamente lo abrazó a Pietro, mientras le murmuraba, con emoción:

–Gracias, amigo del alma. Es que soy yo el que no se termina de perdonar los líos y riesgos en los que te metí y me metí. Y me da miedo perderte por mi cabeza hueca y mi corazón loco. Pero ahora ya está todo bien. Vayamos con los demás a festejar.

Comenzaron a caminar por las callejuelas de la antigua ciudad al encuentro de los otros. Mientras conversaban animadamente sobre la fiesta, de pronto Antonio se detuvo y le preguntó:

–Entre tantas cosas, al final no me contaste dónde te habías metido tan temprano y de dónde venías tan feliz.

Pietro se aclaró la garganta, antes de confiarle, conmovido:

–De festejar otro cumpleaños, porque hay uno más importante que el mío.

¿No recuerdas que hoy celebramos el nacimiento de la Santísima Virgen? Estuve en la catedral, ayudando a Misa en el altar de la Natividad de María. Y luego fui a hacer la acción de gracias a la iglesia de los Santos Juan y Reparada, donde fui bautizado apenas nacer. Es un don especial para mí haber nacido el mismo día que Nuestra Señora. Ella lo hizo para algo grande: ser la Madre de Jesucristo,

nuestro Señor. Yo, que nací el mismo día, quiero también dejar a Dios hacer grandes cosas en mí.

Antonio al oír esto último, se entusiasmó:

–Sí, Pietro, hagamos cosas grandes como nuestros antepasados, para que Lucca reflorézca y prospere frente a las otras ciudades que la sojuzgan. Recuperaremos nuestra gloria y saldremos victoriosos.

Pietro sonrió nuevamente y apuró el paso, pensando que no era ésa la grandeza que María cantaba en el *Magnificat*.

Todo ese día transcurrió festivo y gozoso, de la mañana a la noche, no sólo con sus amigos en el campo sino también con sus padres en casa, por la noche. No dejaban de volver a su corazón las palabras del cántico de María que, desde la misa, lo acompañaban a lo largo de la jornada: *Mi alma canta la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador*.

Antes de acostarse, arrodillado ante la sagrada imagen del Crucifijo que había en su habitación, rezó desde lo más hondo de su corazón:

–Gracias, Señor, por haberme creado, por haber nacido el mismo día que tu amada Madre, por haber sido hecho cristiano por el santo bautismo, por haberte recibido esta mañana en la Sagrada Comunión y porque por tu gracia he podido salir adelante en las tentaciones más fuertes que he tenido. Gracias, Señor, por mis padres y amigos, por la salud y el bienestar de los que gozo desde siempre, por la buena educación que he recibido, por todo el cariño que hoy me han manifestado, por la música y porque soy tan feliz. He recibido tanto, tengo tanto, demasiado quizás, no lo merezco y me abruma. Señor, tanto don me desborda. No sé cómo agradecerlo mejor y cómo emplearlo bien. ¿Por qué se me ha dado tanto?

Elevando nuevamente los ojos al Cristo, lo vio desnudo en la cruz desnuda y le dijo resuelto:

–Ya sé, Señor, ya sé. Me has dado tanto para que yo también lo reparta y entregue. Como María, yo quiero darlo todo, sin guardarme para mí nada.

Al final del día en que cumplió diecinueve años, el 8 de septiembre de 1591, Pietro Casani recitó nuevamente el *Magnificat*. Cada palabra estaba henchida de vigor y de luz, de cumplimiento y de promesa. Sintió que lo decía como si fuera la primera vez.

Arrodillado ante la Luz

El órgano de la iglesia de San Francisco de Lucca sonaba con fuerza y las voces de los frailes se unían para alabar al Santísimo Sacramento expuesto en el altar. El humo del incienso se elevaba y el suave aroma se difundía por todo el lugar. Entre los fieles arrodillados en la oscuridad de la nave de la iglesia, se encontraba nuestro Pietro, con la mirada fija en el Señor.

Pedía por el alma de su querida madre, Elisabetta, recientemente muerta, y por su padre, Gaspar, que la lloraba y se estaba quedando ciego. Atrás había quedado el gozo de su veraniega fiesta de cumpleaños, ahora, en el frío invierno, el pesar parecía querer adueñarse de su corazón. Pietro le ofrecía resistencia a la tentación de la melancolía. No quería complacerse en sus dolores ni regodearse en su duelo. Sobreponiéndose, le agradecía al Señor el don de una madre tan buena y de un padre que la había amado tanto. Si ahora estaba ahí, adorando al Señor, y podía tener fuerzas para sobrellevar el dolor era por la fe que le habían transmitido en su hogar desde pequeño.

Se sentía en casa en ese convento franciscano. Allí concurría a diario, como alumno externo, a las clases de filosofía y de teología que recibían los frailes estudiantes. Le apasionaba entender la realidad creada y profundizar en la Divina Revelación en contacto con la sabiduría de los santos. Por la situación familiar había desestimado el plan inicial de irse a estudiar a la cercana universidad de Pisa, asumiendo con paz y responsabilidad su condición de hijo único de un padre viudo.

Además, en el convento tenía la oportunidad de practicar a diario con el órgano y un viejo fraile le ayudaba a perfeccionar cada vez más sus eximias cualidades de organista. El anciano franciscano lo

declaraba públicamente su mejor alumno. En verdad, la música llenaba su vida y los tiempos de ocio los dedicaba a practicar en casa con el clavicémbalo y con el laúd, muchas veces acompañado de sus buenos amigos, con los que gustaba cantar todo tipo de canciones. Se había animado también a arreglar y a construir algunos instrumentos. Llevaba la música en el alma y cantar y tocar era, luego de la oración, su mayor consuelo en este tiempo de tribulación.

Envuelto en la oscuridad de aquella iglesia, mirando el altar iluminado con tantas velas, centraba su atención en la blancura de la Hostia consagrada y elevaba el corazón a su Rey y Señor. Aún en el dolor se sentía seguro y fortalecido en Dios.

Se unió entonces al coro de los frailes que comenzó a entonar:

*Dios mío, mi corazón está firme, cantaré y tocaré
con toda mi alma:*

*Despierten, cítara y arpa,
porque despertaré a la aurora;*

*Te daré gracias ante los pueblos, Señor, cantaré para ti ante
las naciones:
por tu bondad, que es más grande que los cielos, por tu
fidelidad que alcanza las nubes.*

*Elévate sobre el cielo, Dios mío, y que tu gloria llene la tierra;
para que se salven tus predilectos, que tu mano salvadora nos
responda.*

En ese momento, un rayo de luz lo atravesó. Bajó los ojos humedecidos y se inclinó más aún en adoración. En el silencio que siguió le pareció oír un rumor que lo habitaba. Finalmente se animó a nombrar lo que brotaba de su corazón:

Yo soy un instrumento tuyo, Señor.

Quiero que en mis labios resuene siempre tu voz.

Cantaré y tocaré para ti. Para ti es mi música, Señor.

Una vocación milagrosa

Pietro ya tenía veintiún años y había terminado con éxito los estudios con los franciscanos. Muchas personas de Lucca y por supuesto todos sus amigos habían ido a verlo disputar con un fraile agustino como coronación de su carrera. A todos llamaba la atención la viveza de su ingenio, la solidez de sus argumentos y la amabilidad caballerosa con la que había tratado a su adversario. Una elocuencia así, en un joven de una familia tan destacada de la ciudad, acrecentaba su prestigio y auguraba tal vez una carrera en la política o en los negocios.

Pietro cuidaba a su padre ya prácticamente ciego, colaboraba con él en la administración de los bienes familiares y se dedicaba a la música. Se había vuelto cada vez más asiduo a la oración y los días en que no estaba expuesto solemnemente el Santísimo Sacramento, iba simplemente a arrodillarse ante el sagrario. La luz encendida junto al tabernáculo era su faro.

Seguía yendo a tocar el órgano a la iglesia de los Franciscanos. El viejo fraile organista, su querido maestro, había muerto. Pietro ocupaba su puesto provisionalmente, mientras ayudaba a un joven fraile inexperto a volverse capaz de asumir el reemplazo.

Asistía, además, como siempre lo había hecho, a la iglesia de Santa María de Corteorlandini, que estaba junto a su casa, donde había recibido de niño la primera comunión. Su padre la prefería no sólo por la comodidad de la cercanía, sino sobre todo por el fervor de sus sacerdotes, con varios de los cuales tenía lazos de parentesco o amistad. Éstos estaban comenzando una congregación nueva, consagrada a la Virgen María, bajo la conducción del padre Giovanni Leonardi, gran predicador. Eran pocos, provenían de lo más selecto de la sociedad luccana y ardían de caridad para salvar a las almas

por medio de un sacerdocio vivido santamente en comunidad. Buscaban realizar la reforma eclesial según el Concilio de Trento y cultivaban una honda espiritualidad mariana. Los Casani habían contribuido a la compra de un nuevo órgano para la iglesia, que el joven Pietro frecuentemente ejecutaba con fervor y maestría, especialmente los sábados, dedicados a la Virgen Santísima.

Un domingo, luego de la misa mayor en Santa María de Corteorlandini, padre e hijo regresaron a la casa y comieron juntos en animada conversación. La comida había sido preparada por las criadas conforme al modo en que le gustaba a la difunta señora de la casa. Esos sabores familiares los reconfortaron y alentaron. Gaspar le pidió a Pietro que tocara en el clavicémbalo sus piezas favoritas y cantaron juntos en armonía. Terminaron, como era costumbre en casa de los Casani, con cantos a la Virgen, que caldearon la atmósfera familiar de particular intimidad y emoción.

Luego de un sentido silencio, el padre habló largamente:

—Pietro, hijo querido, no creas que volverme ciego no me deja verte. Me parece que ahora incluso te contemplo mejor. En cada nota y en tu hermosa voz, percibo una nostalgia que temo que tú mismo desconoces. Veo que te encuentras atado a mi atención, que eres un joven león en una jaula de oro y creo que debes animarte a más. No pienses que no aprecio tu cariño y tus cuidados, tan preciosos como tu música y tu canto. Presiento que hay algo importante que debes hacer, un paso fundamental que debes dar. Tal vez tengas que visitar a nuestros familiares de Pisa o de Florencia. Considero que quizás te equivocaste al quedarte aquí a mi lado cuando murió tu madre. Podrías haber ido a la universidad, a Pisa, Bolonia o Roma. Mi dolor me impidió en ese momento reconocerlo. Pero, como te digo, ahora que estoy ciego es cuando todo lo veo mejor. Créeme.

Pietro, conmovido, respondió apresuradamente:

—Pero, padre, no digas eso. Yo estoy a gusto aquí contigo, en nuestra casa, y me complazco en ayudarte en todo cuanto puedo. Fui muy feliz estudiando con los frailes y aún tengo mucho para seguir leyendo y aprendiendo, gracias a los buenos libros que tenemos en casa y que disfruto leerte. En verdad, no la paso nada mal. Tengo de todo, toco mis instrumentos, mis amigos están cerca...

Su padre no lo dejó proseguir:

–Calla, tonto muchacho. Eres un Casani, pero ya no eres un cachorro, tienes el fuego de un león en el corazón. Basta de seguir atado a mí y a mis dolores. Debes encontrar tu propio camino. No te inquietes por mí. Estoy ciego y viudo, pero no inválido ni abatido. No me faltan leales servidores ni menos aún fieles amigos. Ésa es la marca familiar. Además, nuestro patrimonio nos asegura un buen vivir y te permitirá encaminarte libremente. Viaja, explora el mundo, encuentra una buena muchacha pisana o florentina, ya que las de Lucca no parecen ser para ti; o anímate a seguir resueltamente cualquier otra cosa que Dios inspire en tu corazón. A veces pienso que, si tu madre no hubiera muerto y yo no estuviera ciego, o tuvieras más hermanos, quizás le habrías consagrado tu vida a Dios.

Pese a que soy tan terrible de carácter, como se dice de mí en Lucca, tengo viejos amigos que me aguantan y quieren bien, servidores solícitos que me cuidan, una bella casa y buenas rentas. Dios me ha dado, además, un tesoro mejor: un hijo que me alegrará con lo que decida para su vida, porque estoy convencido de que sea lo que sea, será muy bueno, noble y santo y dará honor a nuestro apellido. Pietro, yo te bendigo y envío, como el viejo y ciego Tobit bendijo a su precioso hijo Tobías y lo animó a encaminar su vida. Tal vez hasta yo mismo, que siempre te he precedido en todo, encuentre tras tus pasos una manera mejor de vivir lo que me quede por delante. Seguro que sí.

Pietro sintió que las palabras de su padre resquebrajaban los muros de un dique interior que impedía que fluyera libremente la música que brotaba de su corazón. Su padre ciego lo había ayudado a ver y ahora no le quedaba más que actuar en consecuencia.

A la mañana siguiente, cruzó la calle para ir a la iglesia de Santa María de Corteorlandini como quien atraviesa el Rubicón o conquista un nuevo continente. Al encontrarse con el padre Gianbattista Cioni, rector de la casa y maestro de novicios, le besó la mano y se arrodilló a sus pies. El religioso, sorprendido, escuchó las sonoras palabras que surgían como un canto del corazón enamorado del joven Pietro:

–Quiero, con la gracia de Dios y la ayuda de ustedes, ser un sacerdote de la Virgen María.

Las Crónicas de la Congregación de la Virgen María de Lucca, escritas por el padre Cesare Franciotti, registraron para siempre el feliz acontecimiento:

“Plugo a Dios en este año mover el ánimo de un joven que desde niño fue educado con los nuestros por ser de la parroquia, hijo del buen Gaspar, llamado el ciego... y dado que su vocación se consideró milagrosa, sobre todo teniendo un padre de terribilísimo temperamento, no creyeron los nuestros que fuera necesario el rigor de la acostumbrada prueba de los seis meses y le dieron el hábito el lunes después del domingo de la octava de Pascua. Dio luego óptimo resultado, persuadiendo incluso a muchos para la vida religiosa hasta el extremo de que su mismo padre, aunque ciego, se decidió a entrar entre los nuestros».

Encuentro decisivo

Comienza el año 1614, el padre Pietro Casani está en Roma, tiene cuarenta y un años de vida y ya catorce de sacerdote. Va camino a una nueva e importante misión que sus superiores le han encomendado, por ser uno de los mejores religiosos de la pequeña congregación.

Expectativa, inquietud, confianza y anhelos se entretajan en su corazón, al ritmo de cada paso. ¡Tanto para agradecer y valorar, tantas maravillas que Dios fue obrando en su vida! Pietro canta con María en el Magnificat: *El Señor hizo en mí grandes cosas.*

Se emociona ante cada recuerdo que cosecha y ofrece por manos de la Virgen: el austero noviciado donde había descubierto que si quería a Dios debía volverse totalmente pobre ante Él y por Él; el trato cercano con el venerable fundador de la congregación luquesa, el padre Giovanni Leonardi, de quien fue pronto ayudante y secretario en la reforma de varios monasterios; el desafío de volver a hacer en Roma todos los estudios filosóficos y teológicos para asimilar la doctrina de Santo Tomás de Aquino; la solemne ordenación sacerdotal, en la Basílica de San Juan de Letrán, en el Año Santo de 1600; y la serena muerte del padre fundador, de quien tanto había aprendido. *El Señor hizo en mí grandes cosas.*

De todos los recuerdos, algunos hacen arder más su corazón: el apostolado con los jóvenes de Lucca por medio de la cofradía de la Virgen de las Nieves, que Pietro había creado a poco de ser ordenado; las vocaciones sacerdotales que se habían suscitado entre esos muchachos excepcionales; los fecundos años como maestro de novicios y profesor de estos mismos jóvenes, ya clérigos profesos, a quienes les había dado parte de su propia alma como padre espiritual; y, la maravilla de las maravillas, que su anciano padre hubiera dado el paso

de dejar todo honor y riqueza para hacerse también miembro de la congregación de la Virgen María, como un humilde hermano lego. Ahora, no sólo compartía con el viejo Gaspar Casani la sangre sino también la vocación religiosa, en la misma familia espiritual.

Todas estas remembranzas van marcando el ritmo de sus pasos, mientras vuelve una y otra vez a su corazón la melodía recurrente de su vida, el canto de María en el Magnificat: *El Señor hizo en mí grandes cosas.*

El actual superior de la congregación, el padre Alessandro Bernardini, lo había enviado ahora, por sugerencia del cardenal Giustini, al encuentro de un sacerdote muy conocido en Roma. Los luqueses buscan unirse a él y su floreciente obra para consolidar la congregación y difundirla. Han elegido a Pietro para dar comienzo a tan delicada empresa.

Girando por la esquina de la Basílica de Sant'Andrea della Valle, hace la señal de la cruz, convencido de que, si Dios ha hecho tanto, cosas aún mayores van a suceder. Confiando en la Virgen, llega a la Piazza de Massimi y la atraviesa, haciendo levantar vuelo a una bandada de palomas. Golpea la puerta del número 4 y aguarda ser recibido.

Prontamente lo hacen pasar y se encuentra con una multitud de niños que desbordan el pequeño patio enmarcado por columnas. En el fondo, brota una fuente en la que varios beben y se refrescan.

Ha llegado a las Escuelas Pías, la obra de la que tanto se habla en toda Roma, y justo en ese momento los alumnos están de recreo, jugando en el patio, acompañados de sus maestros. Varios niños espontáneamente se le acercan y lo saludan con respeto y confianza, como si fuera uno de sus educadores. Uno de ellos le llama especialmente la atención: mirada luminosa, ropas gastadas pero limpias, modales de noble.

—¿Cómo te llamas?, —le pregunta el padre Pietro.

—Me llamo Francesco Ruzzolo, para servirlo a Dios y a usted, padre.

—¿Vives cerca de aquí, Francesco?

—No tanto, padre. Mi familia vive junto a la iglesia de la Madonna dei Monti. Mi padre repara zapatos y yo colaboro con él al salir de la escuela. Mire —le dice mientras exhibe una pequeña herida en su

mano izquierda-, aquí me lastimé ayer cuando le ayudaba, pero ya no me duele nada; mi madre sabe curarnos bien.

-Dime, Francesco, ¿cuánto hace que vienes aquí?

-Este es mi cuarto año en las Escuelas Pías. Mis padres están muy contentos y agradecidos. En las noches siempre cuento en casa lo que aprendemos en el colegio. Ya estoy leyendo a Virgilio. Mi héroe favorito es Eneas, el piadoso, y me encantaría ser como él. Mi maestro es muy anciano y muy sabio, se llama Gaspar Dragonetti y es de Sicilia. Seguro que usted sabe de él porque en Roma es muy conocido ¡y hasta al Papa le ha dado clases! Yo me estoy animando a componer versos en latín bajo su guía. ¿Le gustaría escucharlos?

El padre Pietro lo alienta y Francesco recita con perfecta dicción unos versos sencillos y elegantes dedicados a la Virgen María, que lo dejan al visitante maravillado.

Apenas estaba terminando de recitar Francesco, cuando otro alumno se hace lugar delante del padre Pietro. Es más chico de edad y estatura pero muy vivaz. Se presenta por su nombre de Angelo y en verdad lo parece, aunque está bastante despeinado y muy acalorado, fruto de la intensidad del recreo. El pequeño interviene con voz alegre:

-Aquí también aprendemos a cantar. El padre abad Glicerio nos enseña y a mí me encanta. ¿A usted también le gusta cantar, padre? Tendría que venir un sábado, cuando nos juntamos en la iglesia todos los alumnos y los maestros para cantarle a la Virgen. Es mi día favorito de la semana. ¿Le gustaría unirse a nosotros?

El buen Pietro siente que se le estremece el corazón; estos niños están tocando todas las cuerdas de su alma. Cuando va a contestar, suena la campana y Francesco inmediatamente se despide, arrastrando consigo a Angelo:

-Nos tenemos que ir, padre. Un gusto conocerlo. Ahora me toca mi turno de oración continua y pediré al Señor por usted. Esperamos verlo de nuevo. Mejor si viene un sábado, como dice Angelo. Lo disfrutará.

Los alumnos se marchan ordenadamente a clases o al oratorio con sus maestros y Pietro se queda rumiando lo recién vivido. Ver a niños pobres tan bien educados, lo ha dejado conmovido y cautivado. Cuando lo invitaron a venir un sábado a cantar con ellos a la Virgen

María, tuvo que contenerse para que no se le soltaran las lágrimas. Le vienen al corazón aquellas otras palabras del Magníficat: *Enaltece a los humildes y colma de bienes a los hambrientos.*

El diálogo con Angelo y Francesco lo ha hecho sentirse inmediatamente en casa y con el ánimo bien predispuesto para la conversación a la que ha venido. Aunque el patio está ahora en silencio, se puede oír el murmullo que llega desde las aulas y de la iglesia. Es una buena música ésta, se dice Pietro. Un momento después se da cuenta de que ya no está solo. Se encuentra allí, al pie de la escalera, un sacerdote muy alto, de tez blanca y venerable presencia, con cabellos rojizos que comienzan a encanecer, que lo saluda con voz amable y acento español. Es José de Calasanz.

Apenas hechas las presentaciones, Pietro no se puede contener y le expresa su sentir:

–Padre José, tengo que felicitarlo, estoy admirado de lo que aquí consiguen con estos muchachos pobres. Lo había escuchado de muchos, ciertamente, pero ahora lo han visto mis ojos y me he conmovido. Tienen una fluidez en la expresión y una amabilidad en el trato, que superan a los muchachos nobles de Lucca con los que he tenido hasta ahora contacto. Se nota cuánto aman a la Santísima Virgen. Pese a la pobreza de su ropa y la humildad de su procedencia familiar, parecen príncipes.

–Es que en verdad lo son, padre Pietro. Estos pobrecitos son hijos de Dios y hermanos adoptivos de Jesucristo, que los compró como tales al precio de su Preciosa Sangre. Son sus miembros predilectos, porque nuestro Rey y Señor nació pobre de una Madre pobre en un sitio pobre, para enriquecernos con su pobreza. Vino a anunciar la buena noticia a los pobres, los proclamó bienaventurados, dijo que lo que hiciéramos a sus hermanos más pequeños lo tomaría como hecho a su propia persona, y murió desnudo, despojado de todo, en la Cruz.

Cada palabra de Calasanz lo hace vibrar. Éste prosigue, apasionado:

–En las Escuelas Pías buscamos enriquecer a estos pobrecitos de toda virtud, que es el verdadero tesoro, para que tengan la mejor vida en la tierra, conforme a los talentos que Dios les ha dado, y se encaminen al Cielo. Es maravilloso descubrir las cualidades excepcionales que Dios ha repartido entre estos pequeños. No podemos

despreciarlos ni desatenderlos. Con poco que se los ayuda a cultivar sus talentos, se logran maravillas no sólo para su provecho personal sino para el bien de toda la sociedad.

Sentados junto a la fuente, el diálogo fluye, vivo y refrescante. Calasanz lo escucha atentamente y Pietro siente que su alma queda atravesada por la profundidad de su mirada. Este momento dejará una huella indeleble en su corazón. Ha encontrado en Calasanz una fuente de vida y jamás dudará de que *“las aguas que proceden de su fuente son las más puras”*.

La conversación entre Casani y Calasanz, iniciada aquel día, fue un armónico contrapunto entre dos almas que Dios hermanaba. Pietro recordará todo lo que José le ha dicho en su primer encuentro, en especial aquellas palabras que más lo interpelaron:

–Se necesitan más trabajadores para esta mies fertilísima, dotados de gran diligencia y vocación particular. Se lo hemos estado pidiendo insistentemente a la Madre de Dios, que es también la Madre y Reina de estas Escuelas, donde los pequeños crecen como lo hizo su Divino Hijo. Tal vez Dios ha escuchado a la Virgen y, a través del cardenal Giustiani y del padre Bernardini, lo ha enviado a usted. Hace tiempo tuve la gracia de tratar con el padre Giovanni Leonardi y he testimoniado en su proceso de beatificación porque lo considero un santo. Le confieso que le he pedido, en mi corazón, el milagro de que los suyos se encarguen de esta obra de las Escuelas Pías. Que hoy esté aquí y, apenas llegado, ya se encuentre rodeado de los muchachos y tan entusiasmado, me llena de esperanza.

Pietro siempre había tenido grandes maestros y buenísimos amigos, pero aquel dichoso día se encuentra con un alma sacerdotal hermana, con quien se maravilla de sentirse en una sintonía total. A medida en que van hablando, reconoce admirado que Calasanz ha recibido de Dios la partitura que él había estado tratando de descifrar toda su vida: entrega radical a Jesucristo, despojo de todo bien terreno por amor al Crucificado al servicio de sus pobrecitos, apostolado sacerdotal enfocado en los niños y jóvenes y consagración completa a la Madre de Dios, en pacto de perpetua esclavitud. Casi no puede creerlo. A él, hijo único, Dios le regala un hermano mayor. A él, que había atraído a sus amigos y hasta a su propio padre al servicio de Dios, ahora el Señor le concede ser un fiel seguidor.

El 24 de enero de 1614, Pietro le escribe a su Gaspar, su padre, que vive en Santa María de Corteorlandini, en Lucca:

«El papa Pablo V ha puesto al cuidado de nuestra congregación la gran obra de las Escuelas Pías de Roma, de la que nos han dicho que si no es la primera obra buena de Roma, ciertamente es la segunda, porque en ella se enseña sin recompensa alguna a todos los niños pobres de Roma no sólo la gramática, sino también a escribir y hacer cuentas y a vivir cristianamente haciéndoles exhortaciones con frecuencia, y a confesar y a comulgar y enseñándoles la doctrina cristiana, de modo que de esta obra ha dicho el Cardenal Giustiniani que saldría la reforma de la Iglesia. Hoy ya son unos 800 alumnos y de todas partes le llegan limosnas. La casa en que están las escuelas se halla emplazada en el lugar más noble de Roma y está unida a la iglesia de San Pantaleón. Ruega a Dios me dé espíritu y luces para cumplir su voluntad en todo aquello que los Superiores se dignen encargarme para esta obra altísima y sobre todo utilísima no sólo en Roma sino en todo el mundo».

Pronto se trasladará a vivir a las Escuelas Pías con algunos compañeros luqueses y se dedicará con pasión al apostolado escolar, cada día más compenetrado con Calasanz, en creciente amistad también con Gaspar Dragonetti, Glicerio Landriani y los demás colaboradores de la obra.

Aunque el intento de unión entre las Escuelas Pías y la Congregación de la Virgen María de Lucca dura poco más de dos años, Pietro comprende muy pronto que para él no hay vuelta atrás. Dios lo quiere para siempre con Calasanz, en pobreza, y al servicio de los muchachos. Algunos compañeros de Lucca, que habían sido atraídos a la vida religiosa por su intermedio, también se quedan con él en las Escuelas Pías.

En ese momento crucial, su primo más cercano y amigo de juventud, llega a Roma a visitarlo acompañado con su hijo de doce años, a quien Pietro había bautizado a los pocos días de nacer. Al preguntar por el padre Casani, el hermano portero les dice:

–Pasen, por favor. El padre Pietro de la Natividad de la Virgen los está esperando. Ahora mismo uno de los novicios irá a avisarle que llegaron.

Luego del afectuoso saludo con el primo y su hijo, tienen una animada conversación, con entrañables recuerdos del pasado y puesta al día de las cosas de Lucca. Al preguntarle, ya en un momento de mayor intimidad, cómo era eso de que abandonaba su antigua congregación, Pietro responde con serena convicción:

–Dejé un día a mi padre y mi casa natal para ser Sacerdote de la Virgen María. Dejo ahora a mis Sacerdotes de la Virgen María, entre los que está mi amado padre, para ser un Pobre de la Madre de Dios en las Escuelas Pías. Así me lo ha mostrado el Señor, veo hoy claro cómo él ha conducido mi vida y yo quiero dárselo todo, sin mirar atrás.

El fuego de estas palabras marcó el corazón de los dos que las oyeron y en particular encendió el ánimo del muchacho, quien se siente como impelido a dar el paso con su tío y así efectivamente lo hará. Cuatro años más tarde, el 7 de marzo de 1621, el joven Carlo Casani, originario de Lucca, con 16 años recién cumplidos, viste el hábito escolapio y se vuelve, como su tío Pietro, un Pobre de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

Tertulia en el noviciado

Era una fría noche de invierno y luego de la cena, los novicios se apiñaban en torno al fuego en un rato de encuentro fraternal. El padre Pietro, ya anciano, los acompañaba. Los novicios, con los rostros iluminados por las llamas, comenzaron a preguntarle, uno tras otro:

–¿Es verdad, padre Pietro, que usted fue el primero que vistió el hábito escolapio de manos de nuestro fundador y el primero que, después de él, profesó los votos solemnes?

–¿Es cierto que usted fue el primer maestro de novicios de la Orden y quien escribió las Reglas de Novicios que nosotros seguimos?

–¿No fue acaso también el primer asistente general de la Orden, su primer superior provincial en Liguria y en Nápoles, y el primer comisario y visitador general en Alemania?

El viejo padre Pietro sonrió y bajando la voz agregó:

–Sí. Y también el primero en seguir a nuestro padre fundador por las calles de Roma, como prisionero del Santo Oficio, el 8 de agosto del año pasado...

Los leños crepitaron y el fuego se avivó, y todos sintieron que un calor particular los envolvía. El padre Pietro, aclarando algo la voz, encendió sus corazones con palabras más ardientes que las llamas que danzaban.

–No cuenta nada ante Dios ser el primero en una cosa u otra, por importante que aparezca a los ojos de los hombres, sino el amor, porque Cristo eligió abajarse y hacerse el último y el servidor de todos por amor. Nosotros, como Pobres de la Madre de Dios, tenemos que tener grabadas a fuego en el corazón las palabras del Santo

Evangelio y elegir la humildad que eligió Cristo Nuestro Señor. ¿No se dan cuenta de que nuestra Orden no está llamada a ocupar los primeros puestos en la Iglesia sino a la pequeñez y pobreza de los muchachos a los que servimos? Como dice el Apóstol, nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, y le damos gloria a él con la entrega callada y cotidiana. Ser puestos aquí o allá, más arriba o a un costado, eso es secundario y accidental, siempre que nuestro lugar sea junto al Señor. Con Cristo nos unen los vínculos más valiosos y preciosos, unas dulces cadenas de amor, como dice el canto que ayer les enseñé. ¿Qué les parece si, más que seguir hablando, mejor cantamos?

Con entusiasmo propio de la juventud, los novicios le acercaron un instrumento que, pese a sus años y achaques, Pietro hizo sonar con maestría, y al unísono cantaron:

*Dulces cadenas
que tú me has dado, a ti me ligan,
libre yo soy, rico contigo,
en mi pobreza, cuanto yo tengo hoy te lo doy.
Para tus pobres todos los bienes, a mí tu gracia me bastará.
No tengo nido, ni madriguera, en tu Costado tengo mi hogar.
Jesús amado, tuya es mi vida y mi tesoro,
tu santo amor.
Dulces cadenas
que tú me has dado, a ti me ligan,
libre yo soy.*

Pietro sentía que el Señor había despertado ese canto en su corazón. Lo había compuesto arrodillado ante el sagrario, muchos años atrás, cuando era un joven que discernía aún qué iba a hacer con su vida. En aquel entonces la presencia viva del Señor en la Eucaristía se le hizo tan cierta, atrayente y cautivadora que no pudo menos que sentirse arrastrado a una oblación total.

A lo largo de su vida sacerdotal había experimentado en la celebración del Santo Sacrificio de la Misa el centro de su día y el eje de su vida. Le había pedido a la Virgen María el don de tratarlo al Señor con el mismo amor, la misma reverencia y el mismo cuidado con que ella acogió, trató y ofreció a su Divino Hijo. Por intercesión de

María recibió la gracia singular de ver un día al Niño Jesús en el Altar y lo pudo reconocer también presente en la vida de cada día en el rostro de los pequeños y pobres.

Ahora, ya anciano, pese a las terribles pruebas que atravesaba la Orden que, como brazo derecho de Calasanz, había contribuido a fundar y hacer crecer, sentía que todo era un don precioso. Él era un afortunado que había recibido infinitamente más que lo que había entregado. Todo lo tenía por pérdida con tal de haber ganado a Cristo Jesús. Constatava la verdad de la promesa cumplida: *“Les aseguro que el que haya dejado casa, hermanos y hermanas, madre y padre, hijos o campos por mí y por el Evangelio, desde ahora, en este mundo, recibirá el ciento por uno en casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y campos, en medio de las persecuciones; y en el mundo futuro recibirá la Vida eterna”* (Mc 10, 29-30).

En aquella fría noche romana, viendo los rostros de los novicios iluminados por el fuego y encendidos los corazones por la llama de la vocación común, los alentó a improvisar nuevas letrillas. Así fueron sumando estrofas al canto, en las que resonaban las Constituciones de la Orden, escritas por Calasanz y en las que Pietro había reconocido la partitura definitiva de su vida:

*Hacia la cumbre subo bajando,
camino estrecho, lleva al amor.*

*A las Escuelas Pías, no hay duda,
tú me has guiado, son mi lugar.*

Los niños pobres son mi tesoro porque tú en ellos oculto estás.

Enriquecerlos en las virtudes darles las letras con la piedad.

*Con mis hermanos yo fui llamado,
en esta mies, a trabajar.*

*Pobre y casto, por ti, obediente,
cooperador de la Verdad.*

Quiero dar fruto bien sazonado, en ti enraizado, Cristo Jesús.

Contigo sello, Virgen María, pacto perpetuo de esclavitud.

El fuego se apagaba, pero ninguno parecía sentir, sin embargo, frío ni oscuridad, mientras cantaban apenas con un susurro, en recogida oración:

*Dulces cadenas
que tú me has dado, a ti me ligan,
libre yo soy, rico contigo,
en mi pobreza, cuanto yo tengo hoy te lo doy.*

Meses después, el padre Pietro enfermó. Murió santamente en Roma, el 17 de octubre de 1646, consumando así el sacrificio de su vida entregada. Acudieron tantas personas al funeral, que durante muchos días la iglesia de San Pantaleón estuvo llena de multitudes de fieles que venían a venerar los restos del Siervo de Dios, sepultados en el mismo templo.

Cuando alguien buscaba consolar al padre José de la Madre de Dios, fundador de las Escuelas Pías, por la muerte de su amigo y compañero, en momentos tan duros en que la Orden parecía zozobrar, el anciano respondía, con mirada encendida y voz segura:

–El padre Pietro de la Natividad de la Virgen buscó siempre seguir el querer de Dios a lo largo de toda su vida, descubrió que en las Escuelas Pías estaba su lugar y perseveró como Pobre de la Madre de Dios hasta alcanzar la meta. Ha sido un compañero tan bueno y fiel en la tierra que estoy seguro de que ahora, que está con el coro de los ángeles, cantando feliz a Dios en el Cielo, tampoco nos abandonará. Al contrario, su ayuda desde allí será aún más poderosa y eficaz.

En Casani, Calasanz había encontrado el tesoro del amigo siempre fiel, que ve en la misma dirección y camina a la par, compañero de las mayores aventuras y espejo en el que reconocer la obra de Dios.

Con los ojos humedecidos y el corazón ardiente, Calasanz elevaba, silenciosamente, una petición singular a su amigo en el Señor que puede, querido lector de estas páginas, ser también hoy la tuya:

*Atrae, Pietro Povero, por el poder de Cristo, tu única riqueza,
a otros como tú, que vengan a las Escuelas Pías
a cantar las alabanzas
del Señor haciendo el bien a sus pequeños.
Amén. Amén. Amén.*

Biografía

El beato Pedro Casani de la Natividad de la Virgen nació en la ciudad de Lucca, Italia, el 8 de septiembre de 1572, hijo único de Gaspar y Elisabetta Draghi, en una familia acaudalada de la nobleza toscana. Se formó cristianamente en la Parroquia de Santa María de Corteorlandini, vecina a su casa, y realizó estudios superiores de filosofía y teología como alumno externo del Convento de San Francisco de su ciudad natal.

Ingresó en 1594 a la Congregación de Sacerdotes Reformados de la Virgen María (actualmente Orden de la Madre de Dios), fundada en 1574 en Lucca por San Juan Leonardi para el ejercicio del ministerio sacerdotal según el espíritu reformador del Concilio de Trento.

Luego de volver a cursar los estudios filosóficos y teológicos en el Colegio Romano de los Jesuitas, para asimilar la doctrina de Santo Tomás de Aquino, fue ordenado sacerdote en Roma en 1600 y se dedicó especialmente a la formación y dirección espiritual de los jóvenes, atrayendo a muchos al seguimiento de Cristo con su palabra y ejemplo.

En 1614, enviado por su comunidad de origen al frente de otros compañeros, se unió a la obra calasancia. Cuando tres años después, los Sacerdotes de la Virgen María desistieron de continuar con las Escuelas Pías, Casani decidió quedarse para siempre con Calasanz y los niños.

Fue la mano derecha de san José de Calasanz en la fundación de la nueva Orden, formador de las primeras generaciones de religiosos escolapios –entre los que se encontraba el Venerable Glicerio Landriani– y organizador y superior de muchas casas y provincias es-

colapias en el Norte y Sur de Italia y en las zonas de Europa Central aquejadas por la herejía protestante.

Con su prédica fervorosa y el ejemplo de su vida entregada y desprendida, atrajo a muchos jóvenes a incorporarse a la Orden de las Escuelas Pías y los formó como verdaderos Pobres de la Madre de Dios al servicio de Cristo en los pequeños.

Murió en Roma a los 75 años, el 17 de octubre de 1647 y fue declarado Beato por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

La Iglesia reza, en la oración litúrgica en su memoria:

*Oh Dios, dispensador de todo bien,
que concediste al Beato Pedro Casani, presbítero, preferir las
insondables riquezas de Cristo
más que cualquier otro bien
y enseñarlo a los demás, concédenos que, aleccionados por su
ejemplo y enseñanza, crezcamos en tu conocimiento
y nos comportemos con fidelidad a la luz del Evangelio.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.*

